



***Creación
literaria***

poesía



Fredy Yezzed*

* Bogotá, Colombia, 1979. Escritor y viajero. *El diario inédito del filósofo vienés Ludwig Wittgenstein*, fue mención honorífica del Premio Nacional de Literatura-Poesía 2007 del Ministerio de Cultura de Colombia; ha obtenido el XII Premio Nacional Universitario de Cuento Universidad Externado de Colombia (2001); el Premio Nacional de Cuento Ciudad de Bogotá (2003); el Premio Nacional Poesía Capital (2005), el XXVII Concurso Nacional Metropolitano de Cuento (2006) y el Premio Macedonio Fernández de poesía, en Buenos Aires (2010). Publicaciones: *El amplio jardín*, antología colombo-uruguaya de poesía joven; Montevideo (2005); *Párrafos de aire: Primera antología del poema en prosa colombiano*, Medellín: Editorial de la Universidad de Antioquia (2010), *La sal de la locura*, Poesía, Buenos Aires (2011). Licenciado en Lenguas Modernas de la Universidad de La Salle y profesional en Estudios Literarios de la Pontificia Universidad Javeriana. Los poemas aquí presentados pertenecen al libro *La sal de la locura*, Premio nacional Macedonio Fernández, Argentina, 2010.

Prólogo o palabras desde la cordura

El 11 de mayo del 2005 ingresé a urgencias del Hospital Neuropsiquiátrico J. T. Borda de Buenos Aires. El primer dictamen fue que sufría de una alteración nerviosa y un grado alto de delirio con fuerte propensión a la violencia. Echaba saliva por la boca, gritaba obscenidades y me golpeaba contra las paredes.

Bastará decir que pasé irrecuperables años en ese lugar, saltando de psiquiatra en psiquiatra, con fuertes medicaciones que me mantenían dopado todo el día y hasta períodos de total ensimismamiento amarrado a una camilla o arrojado en un rincón con una camisa de fuerza.

Si hay algo difícil en la locura es salir ileso de ella. En marzo del año antepasado ingresó una psicóloga a hacer sus prácticas, la doctora Dalzotto. Ella fue la primera que me sugirió escribir los “monólogos blancos”, como yo solía llamar a esas voces en mi mente. Me rehusé de forma tajante. Pasaron meses de terapia con ella, hasta que una vez me mostró un conjunto de hojas impresas tituladas *La sal de la locura*. Las miré con temor. Me confesó que me había grabado durante nuestras cortas sesiones y que en sus horas de descanso transcribió lo que le parecía más coherente. Mi primera reacción fue de ira y decepción. Luego abandoné la terapia por petición personal.

Pasaron varias estaciones hasta que una mañana, en mi habitación, indescriptiblemente, me vi, me sentí, me recordé. Leí una y otra vez los textos. Avergonzado, solicité de nuevo la cooperación de la señorita Dalzotto, quien asistía a un taller de escritura con un reconocido poeta. Fue a ella a quien dicté la segunda parte de este libro: de memoria, sin vacilar en una palabra, en un sentimiento. Seiscientos ochenta y cinco poemas –creo que los puedo llamar así– escribimos en casi dos años. La selección de los textos que han sido suprimidos corrió por cuenta del poeta, a quien la doctora Dalzotto pidió ayuda. Gracias al entusiasmo de él es que la doctora Dalzotto ha impreso y enviado este legajo de poemas a su concurso.

Diré, finalmente, que si algo me ha ayudado a sobrevivir ha sido el acto humano y desesperado de salvarme; no la poesía, aunque el deseo de poner en orden los días y las cosas sea un acto poético.

Ahora, gracias al servicio social del hospital trabajo como mecánico de barcos, vivo en la Provincia de Tierra del Fuego y miro el mar tratando de escribir el sueño de un hombre normal.

Dedico a la doctora Dalzotto este libro, que si tiene valor estético es por la ayuda de su mano, que si tiene valor espiritual es por la sal que extirpó de mi locura.

Ariel Müller

Agosto de 2010, Ushuaia, Argentina

HE PINTADO el amor con mierda sobre las paredes de mi celda. He trazado algo que no conocía.
Un barro amorfo de palabras. Una red de adivinanzas. La conjetura de la noche y el silencio.
He dicho sobre algo que no conocía. He mirado hacia algo que no diré.
He pintado con las vísceras mis propias almas. Lo que hay dentro de mí repugna y enferma.
Destruye y miente. Grita una verdad como una hoja que se pudre. Dice del lamentable estado del
hombre en mi jardín interior. Avisa de una manzana con gusanos que cae y rueda.
He pintado el amor con mierda sobre las paredes. Al mundo le parece repugnante, a mí una bella
mañana que se salva.



HE HABLADO con una mujer que parece normal en el jardín del hospital. Me ha narrado la siguiente historia con una tranquilidad agria: estaba sentada en un banco de madera en el parque Lezama hace unos meses. Acababa de salir del trabajo. Estaba abrigada y pensaba en sus dos hijos lejos, en Lima. Dijo que los árboles del invierno eran el reflejo de su alma y todo trascurría en calma. En los juegos de madera vio cómo un niño de siete años se cayó contra el pavimento y se abrió la cabeza. Ese grito, más allá del aire... dijo. Entonces corrió y alzó al pequeño y, abstraída, se lo llevó a su casa y lo curó. Pasó la tarde acariciándole el rostro. Sólo las paredes humildes que la rodeaban saben las cosas buenas que pensó junto al niño. Al anochecer golpearon a su puerta las autoridades y los padres del niño que lloraban de angustia. Dijo que se aferró a la criatura como a sus huesos. Golpes. Las entrañas reventadas en los gritos. El invierno que la metía a una celda. Las enfermeras dicen que en las noches llora y abraza un muñeco de trapo al que llama mi Charly.
Las enfermeras no saben que sus hijos aún la esperan.



LE HE DICHO a los psiquiatras que si he decidido hablar no es para reparar las cosas. Tampoco deseo que busquen el problema en el andamiaje peligroso de las teorías. Se los he explicado muchas veces, pero parecen no entenderlo. Y si no lo entienden es porque tal vez no existe el problema o sencillamente el problema no tiene solución.
Les parece imposible que yo no desee saber más de mí. Ese barco que se hunde dentro de mis costillas. Le temo a saber más. Más sería entender menos. Entre menos sepa de este mundo, mejor podré pasearme por el mío. Esa casa que se incendia conmigo adentro.
Dios, ¿qué estoy diciendo?
Yo sólo deseo ordenar las cosas aquí adentro.
Y marcharme algún día.



ESE ANIMAL NOSTÁLGICO que es el olvido. Como una niebla, como una espuma sólida, como un diente caído. Algo se me fuga de la piel, quizás la piel. Dejé mucha piel en las cosas que no nombraba, que no tenían nombre, que no encontré. Todas las noches olvido una palabra y con ella una piel. Perder una palabra es cercenarse desde adentro. Hay un bisturí en la memoria. Adentro se va quedando vacío, sin rostros, sin ese viaje azul a la Patagonia, sin la sombra de esa voz. Relojes, flores, anillos van perdiendo su forma. De un momento a otro las cosas dejan su niebla en el sueño. El anillo es entonces una rueda oxidada abandonada en un potrero. La flor un sexo disecado. Los relojes un puñal. Me duele perder una palabra como perder un dedo. Queda una mancha negra en el alma. Un eco. Una grieta en el cristal del pensamiento. Cada mañana despierto más desamparado, más peligroso, más sin piel.



¿QUIÉN ASEGURA QUE la locura no es un intento más de salir de la casa oscura? ¿Algo que está entre el hombre y el ser humano? Una ventana dentro de nuestra ventana. Algo que huye de nuestra costumbre de llamar el fuego, de humillar un árbol, de defecar sobre un ramo de niños. ¿Quién asegura que la locura no es ese deseo de vivir en un campo de girasoles, de abonar las plantas, de sentir correr agua limpia dentro del jarrón del alma? Quién negaría que la locura no es esa catástrofe tectónica del rozarse de dos células como dos rosas a las cuales les lleva tiempo acostumbrarse al olor del otoño, que deben dar el atlántico salto de una millonésima de milímetro más, que tienen en su sangre toda la responsabilidad de salvarnos. Y aún más: que no desean salvarse si no nos salvamos todos.

¿Acaso no se han dado cuenta? Los dioses no existen, ¡pero estamos juntos!
Somos dios, la noche, la esperanza.



FUE EN EL piso N.º 13 durante un amanecer del invierno. El sol venía remando por el río con su leche opaca. Fue en un balcón sin flores de la calle Jean Jaurès. Salí desnudo a estrellarme contra las agujas del frío. Salí desnudo de mí mismo y de los otros. Temblando cerré los ojos y extendí los brazos para beberme con el pecho toda la intemperie de esta ciudad. A esa hora en que todos los ruidos que nacen se tornan silencio. A esa hora en que uno es tonto y se dice que extrañará esta ciudad.

La tristeza, mujer, la tristeza, la tristeza... ¡Esa bacteria que cala en el alma!
¡Esas aguas espesas de agosto!

Pero la soledad de las azoteas envió cartas de ánimo a la libélula encerrada del corazón.
La extraña música del silencio perforó la carne.
Y alguien o algo tocó a esa casa vacía que es el alma.
Observaba la ciudad mientras caían hojitas de mis huesos.
—Ese balcón del piso 13 de la calle Jean Jaurès—.



LOS LABIOS MUERTOS de una mujer joven me visitan en la noche y me tranquilizan. Se anuncia con una luz gorda que no cabe en mi pecho. Camina con un libro en la mano y se sienta junto a la cama y lee. Lee en una lengua extraña que entiendo y me divierte. Son cuentos infantiles sobre carritos, sobre cerdos, sobre árboles que hablan. Su voz parece que naciera de mi voz. Susurra. Me manda a callar y a dormir. En el fondo del vaso de agua que es la infancia sé que es mi madre, pero no la llamo madre y ella no me llama hijo. Somos dos desconocidos que se quieren y se abrazan para estar menos solos. Debajo de la almohada escondo piedras. Antes de caer vencido por Nadie, deslizo la mano y le entrego una piedra. “Te enamoran las piedras”, me dice. Y yo sonrío en el fondo de una con manchas marrones.

En la noche me visitan los muertos hermosos.
Los colecciono como a las piedras que noche tras noche van desapareciendo...





AQUÍ EL SILENCIO es un enemigo implacable. Es una mirada que te pone nervioso. Es una espina que no se decide a tocarte. Eres tú sin rostro y sin nombre. El silencio es todo aquello que se dice atropelladamente. Es la colisión de las heridas que fuiste con las palabras que eres. Es el silencio frío de las cosas fornicando con el silencio punzante de lo que muere. El silencio como una pared húmeda. El silencio como el que viste un muerto. Hay silencio adentro. Hay silencio afuera. Y entre los dos silencios se inventa la punta de una navaja. Una gasa podrida. Un gato con sarna. Alguien que te echa de la casa sin amenazas. Algo que te arroja de la cama con lentitud.

El silencio, tan letal como el filo del ala de una mariposa.

Sola, entre los huesos del silencio, la palabra que me nombra, me destruye.



ME DICE LA nueva doctora del hospital, la señorita Dalzotto, que le hable de los sueños. Yo le respondo que muero todos los días. Ella pregunta por qué. Le digo que no sueño. Agregó que, de esa forma, estar aquí se me hace algo más que una condena blanca. Una mujer sin la posibilidad del placer. Una excusa nula para hacer las maletas y no volver nunca más a mí.

Me mira en silencio. Le digo que hay un mundo sin olor. Una hoja en blanco, quizás. Una moneda perdida. No soñar es no escribir. Si no hay palabras no hay preguntas. Quien no sabe preguntar vive y muere de una forma pálida. A veces, no preguntar es una forma sólida de decir que se vive.

De pasar por alto ese vaso de cianuro que tiembla en mis horas de insomnio.

Pero sueño que deseo soñar, aunque sea sólo un sueño.





Imagen tomada de: <http://www.sxc.hu>

LE HABLO DEL aire. El aire es el que me sostiene. No importa que no esté escrito; existe en mi mente, y por ende es. El aire no es sólo el astro torcido de mirarla, la forma que adopta el agua en el cuerpo o esa manera de tragarnos los árboles de las calles.

El aire, señorita Dalzotto, es la mano que me levanta la quijada, es esa electricidad de verla, es esa vergüenza de tocarme para sentirla cerca.

Usted me recuerda que soy hombre.

Usted me recuerda que sigo vivo...



¿DEBE RETORNAR SIEMPRE la luz de mayo? ¿Ese cielo metálico que en las horas de la tarde te confunde con la paz? Es extraño: estoy solo, olvidado y hecho mierda; y, aún así, siento ese gusano de la felicidad comiéndome la carne del rostro.

Frente a la ventana. Frente al parque. Frente a la luz. ■